La estrella que dormía en la ventana

Cuento original · Lectura orientativa de 8–10 años · Aureliano Vargas

La primera noche de campamento, Eva tardó mucho en quedarse quieta. La litera de arriba crujía cada vez que Samu se acomodaba y, al otro lado del cuarto, una pequeña lámpara iluminaba la mesa de la monitora.

Entonces Eva vio algo extraordinario: un punto brillante parecía descansar justo encima de los pinos, más allá de la ventana.

—Samu —susurró—, creo que una estrella se ha caído cerca del bosque.

Samu bajó la mirada desde su litera. Desde allí solo veía la rama de un árbol y un trozo del cielo oscuro.

—Yo no la encuentro.

Eva movió la cabeza hacia la izquierda. El punto luminoso pareció deslizarse junto con ella. Volvió a la almohada y allí estaba, en el mismo rincón del cristal.

—Desde mi cama se ve perfectamente —insistió—. ¡Deberíamos avisar a todos!

Samu no se rio de ella. Se apoyó en la barandilla y observó algo que a Eva se le había escapado: detrás de las literas, sobre la mesa, la lámpara formaba un círculo de luz dorada.

—¿No es raro que solo aparezca desde un sitio? —preguntó.

Eva estaba tan entusiasmada que le parecía una prueba de lo especial que era el hallazgo. Imaginó a todo el grupo buscando una estrella pequeñísima entre los árboles.

La monitora, que seguía ordenando unas hojas en su mesa, oyó la conversación.

—Podemos mirar sin salir del dormitorio —dijo—. Es de noche y el grupo se queda aquí. ¿Qué han visto?

Eva señaló un punto del vidrio. La monitora se acercó al costado de la litera y buscó desde el mismo ángulo.

—Ahora sí lo veo —respondió—. ¿Qué ocurre si miramos desde la otra esquina?

Samu bajó con cuidado por la escalera de su litera mientras la monitora vigilaba. Desde el extremo opuesto del cuarto miraron la misma ventana. El punto ya no estaba encima del pino; parecía haberse corrido mucho, hasta perderse entre otros reflejos.

—Las estrellas de verdad están muy lejos —dijo Samu—. No deberían cambiar de lugar así solo porque nosotros nos movemos unos pasos.

La monitora señaló la lámpara de su mesa.

—Probemos otra cosa. Miren el punto desde la cama de Eva.

Eva regresó a su almohada. La luz brillante volvió a aparecer en el cristal. La monitora sostuvo una carpeta entre la lámpara y la ventana, sin tocar el aparato. Al tapar el haz durante un instante, el punto desapareció. Al retirar la carpeta, reapareció.

Eva abrió mucho los ojos.

—¡Está en el vidrio!

—Es un reflejo —explicó la monitora—. Parte de la luz de la lámpara vuelve hacia tus ojos desde la superficie del cristal. Por eso parecía estar sobre los árboles, aunque se formaba aquí dentro.

Eva volvió a mirar. El punto seguía siendo bonito, pero ya no parecía una estrella que hubiera perdido el camino.

—Estuve a punto de decirles a todos que habíamos encontrado una estrella caída —recordó.

—Mañana puedes contarles también cómo lo comprobamos —respondió Samu.

Antes de dormir, Eva dibujó en su cuaderno tres cosas: el lugar desde el que veía la luz, el cambio al moverse y la carpeta que la hacía desaparecer. Puso un signo de interrogación junto a su primera idea y una pequeña lámpara junto a la explicación.

A la mañana siguiente, cuando el cielo empezaba a aclararse, Eva contó al grupo lo ocurrido. No ocultó que se había equivocado. Después propuso mirar el amanecer desde el porche autorizado, juntos y acompañados por la monitora.

Observaron cómo las siluetas negras de los pinos recuperaban su color verde. Una franja naranja apareció sobre la colina. No encontraron ninguna estrella en el suelo; encontraron algo que tampoco cabía en un bolsillo: una manera de hacer buenas preguntas.

Cuando regresaron a recoger las mochilas, Eva pasó otra vez frente a la ventana. La lámpara estaba apagada y el cristal mostraba solamente los árboles.

—Mi estrella se ha vuelto a dormir —bromeó.

Samu sonrió.

—O la lámpara.